

Camboya y su horizonte chino

Hay una frase especialmente interesante en el mensaje en el que el Presidente Nixon anunció la invasión de Camboya por las tropas de Estados Unidos. Literalmente, dice así: «Prefiero ser Presidente de una sola legislatura y hacer lo que pienso que está bien, que Presidente de dos legislaturas a costa de ver a los Estados Unidos convertirse en una potencia de segundo orden y ver a esta nación aceptar la primera derrota en su orgullosa historia de ciento noventa años». La frase es muy decorosa en el sentido de que acepta y expone algunas realidades hasta ahora convenientemente disfrazadas. Si admite que podrá perder las elecciones presidenciales próximas por su actuación en Camboya, acepta al mismo tiempo que la mayoría nacional la desaprueba. Acaba así con el mito de la «mayoría silenciosa». Y que ha tomado una decisión contraria al deseo de la mayoría. La motivación del acto aparece a continuación; evitar que los Estados Unidos se conviertan en potencia de segundo orden. Se despejan así ciertas retóricas desplazadas y fuera de moda como la «defensa del mundo libre» o simplemente la defensa de los países del Sudeste contra la agresión. El acto trata de preservar el rango mundial como potencia de los Estados Unidos y de evitar una derrota —que, según se desprende, se veía venir— que sería la primera en la «orgullosa» historia de ciento noventa años. En estas moderadas y simples expresiones podría quizá verse la influencia realista de su consejero Kissinger, que una vez escribió: «La alusión a principios morales envuelve una busca de lo absoluto, una negación de matices, un rechazo de la Historia».

Para Nixon, la defensa de los intereses nacionales está en la extensión de la guerra. Coincide con los militares del Pentágono. Robert Kennedy lo explicó en su libro «Trece días» (la historia de la crisis de los cohetes, o crisis del Caribe, en Cuba): «Los militares siempre han parecido asumir la idea de que una guerra está en nuestros intereses nacionales». La doctrina militar es bastante clara y hasta lógica en los Estados Unidos, desde su propio punto de vista: lo único que se conserva intacto en el país es su enorme poder bélico, sus arsenales, su Ejército, mientras todo lo demás se desmorona. Estructura de la sociedad, ideales democráticos, moral, sentido mundial de misión. Sólo la exhibición y uso de la fuerza puede sostener la posición de Estados Unidos, porque es su única baza real. Es una actitud mental muy parecida a la que ha producido los golpes de Estado en Grecia, en los países hispanoamericanos, en África.

Las dificultades de Nixon con sus generales son conocidas desde hace tiempo. Son aproximadamente las mismas que nos presentó una situación paralela hace algunos años: la del Presidente De Gaulle con su Ejército cuando inició su retirada de Argelia. Los militares de Estados Unidos no han admitido de buen grado el anuncio de la retirada de 150.000 soldados del Vietnam en un plazo de doce meses, ni han aceptado tampoco enteramente el propósito de reducir el arsenal atómico que se intenta en las negociaciones de Viena. Nada de esto coincide con sus ideas acerca de la grandeza de la nación, con sus propios intereses y, mucho menos, con el ejercicio de su profesión. Es una situación clásica que se ha producido muchas veces en la Historia desde el momento en

que el poder máximo de las naciones se dividió entre militar y civil. Esta fue la tesis de los militares de Alemania cuando perdieron la guerra en 1918: creyeron que podían haber conseguido la guerra y aun haberla ganado de no haber sido por la defección del poder civil. Fue lo que llamaron «la puñalada en la espalda», doctrina que ocasionaría el nazismo. La dificultad de Nixon con sus generales en el Vietnam es más matizada. Según éstos, Nixon mantiene la misión, sostiene el encargo que les ha dado, pero no solamente no les da medios suficientes, sino que, poco a poco, les va privando de los que actualmente tienen.

Al iniciar la invasión de Camboya —que según las recientes normas semánticas no se llama invasión, porque la palabra está desprestigiada y sólo se atribuye al enemigo, sino operación de seguridad y limpieza, que son los términos que definen el mismo acto cuando lo realizan soldados propios— asume el punto de vista militar. Se mete más en la piel de su personaje constitucional de Comandante en Jefe y parece dispuesto a dimitir como político. No otro sentido tiene la idea por él anunciada de que prefiere ser «Presidente de una sola



Comandos sudvietnamitas interrogan a un niño camboyano después de capturarlo junto a su hermano (sentado en primer plano). Al conocerse la intervención americana en Camboya se produjeron manifestaciones en los Estados Unidos. En la fotografía, la Policía carga contra los manifestantes en el "campus" de la Universidad de Maryland.

legislatura». Nadie puede ignorar que esta frase no la ha pronunciado a gusto, sobre todo si se conoce su biografía. La ha pronunciado con resignación. Resignación en algunos casos tiene el valor de dimisión. Y siempre significa poner su voluntad en manos de otros.

Así planteados los términos, no merece la pena discutir la ética y la moral de la extensión de la guerra de Vietnam a toda la península indochina y la reanudación de los bombardeos sobre Vietnam del Norte. Se trata solamente de saber si tendrá buen éxito o no. En el aspecto militar, la operación está planteada para seis semanas. No es un tiempo arbitrario: se trata de dominar el terreno antes de que lleguen los monzones. La temporada de las grandes lluvias y los vientos huracanados impide el uso de los hasta ahora principales elementos ofensivos de los Estados Unidos —aviones de bombardeo y helicópteros— y da la ventaja a las guerrillas. Hasta ahora, la operación se está realizando conforme a los planes de Estado Mayor, sin apenas resistencia. Pero sin encontrar las principales bases de las guerrillas. Este hecho inquieta a los observadores militares, que temen que se regrese a la situación de «enemigo fantasma» que ha sido la pesadilla de años en Vietnam. Las doctrinas militares populares de Asia no consideran perjudicial esta extensión de la guerra. La base

EN PUNTO

está en la estrategia de Mao Tse Tung durante la revolución china y la guerra antijaponesa y consiste en la creencia de que cuanto más importante es en número el ejército enemigo y más extensas son sus operaciones, más fácil es el ataque de la guerrilla. El Ejército norteamericano no parece creer en esta tesis y atribuye su éxito hasta ahora en Vietnam precisamente a que el Ejército norteamericano no ha sido lo bastante fuerte ni lo bastante libre políticamente para anegar a los guerrilleros. Muchos creen que se trata de un error, y por eso se habla de «avispero asiático» o de que los Estados Unidos «han caído en la trampa». El desarrollo de estas operaciones nuevas acentuará el enfrentamiento entre las dos tesis. Puede ser decisivo.

El segundo aspecto de la cuestión es el interior. La reacción en los Estados Unidos ha sido grave y grande. El Congreso se dispone a pedir cuentas al Presidente —por primera vez en más de medio siglo—, la última encuesta Gallup ha mostrado una disminución del apoyo popular a Nixon —sólo seis de cada diez encuestados han manifestado su aprobación del mensaje— y la mayoría de la prensa es negativa. Para cubrir este frente, Nixon necesita también un buen éxito militar rápido. Necesita, sobre todo, no tener que llevar más tropas a Asia y no comprometer aún más el presupuesto de la nación. El eje de las vigorosas protestas interiores tampoco hay que buscarlo en posiciones éticas, morales o idealistas, sino en la realidad de los jóvenes que se ven emplazados a ir a la guerra —Nixon ya ha anunciado que, por ahora, el servicio militar seguirá siendo obligatorio—, por los pobres que se ven defraudados por el hundimiento de la Gran Sociedad, y por las numerosas clases medias que ven sus presupuestos mermaados junto al beneficio de las grandes industrias militares.

El tercer aspecto de la cuestión es el internacional. Hasta ahora, la Unión Soviética se ha mantenido en una prudente moderación. Se espera de un momento a otro una declaración del Kremlin. Esta declaración no puede ser más que condenatoria, pero es difícil pensar que se traduzca en actos. Los Estados Unidos no convirtieron en actos sus protestas verbales por la invasión de Checoslovaquia. Puede ocurrir que se suspendan o se congelen las conversaciones de Viena, puede haber alguna convocatoria del Consejo de Seguridad. Pero ya sabemos que nada de esto es específicamente grave. En cuanto a China, si es coherente con sus propias doctrinas, tampoco debe tener una reacción excesiva. China debe creer que la misma forma militar en que se ha agrandado el conflicto es favorable para las fuerzas asiáticas. Políticamente, su influencia se ha agrandado —Chu en Lai ha asistido a la conferencia de fuerzas de liberación que ha reunido a Vietnam del Norte, el Vietcong, Laos y Camboya—, y aunque sabe que el enemigo final es ella misma, debe considerar que la forma no es la adecuada. En Occidente, la opinión general —y aun las opiniones oficiales: los políticos no están tan resignados como Nixon a perder sus elecciones— ha sido condenatoria; pero esto no debe tener un efecto considerable por el momento. Contribuye al aislamiento político de los Estados Unidos, pero ya hemos visto que en este caso su fuerte no es la política ni sus justificaciones son éticas o morales.

El riesgo está en el futuro. Si el triunfo militar no se produce en los plazos previstos, si la guerra se alarga y se empeora para Estados Unidos, quienes dirigen ahora su política no se conformarán y tratarán de arriesgarse más y llevar más adelante sus actos. Pueden llegar a la conclusión de que el problema real está en China, como ahora han tomado la débil y provisional conclusión de que el problema estaba en Camboya. Hay una fuerte corriente de opinión en el Pentágono que cree que la única solución es el ataque directo a China y que debe producirse tarde o temprano. Y que, si es inevitable, más vale que se produzca ahora, antes de que China sea invulnerable o esté en condiciones de respuesta atómica. Es la misma idea que tuvieron con respecto a la URSS cuando ésta no tenía armas atómicas, o cuando las que tenía eran incipientes. Este horizonte del ataque a China es el que realmente inquieta al mundo.

Hombre misterioso de Camboya

EL JUEGO DEL GENERAL FERNANDEZ

Una figura vagamente enigmática ha aparecido en Camboya: el general Fernández. La línea española de su apellido le viene de Filipinas, de donde era su padre. Se dice que este general, de trato agradable, simpático y aparentemente bondadoso, es una figura clave en la actual situación de Camboya y se mueve detrás de la escena visible.

En «Los Angeles Times» se le acusa de haber preparado matanzas de vietnamitas con fines políticos. Los corresponsales le han visto forzar a un grupo de cien vietnamitas a dirigirse hacia el pueblo de Saang, ocupado por los guerrilleros del Vietcong, y obligarles a leer por un altavoz un texto de propaganda preparado por los camboyanos: los guerrilleros respondieron abriendo fuego contra el grupo. «Después del incidente —dice el periódico—, el general Fernández estaba feliz. Dijo que la operación había sido un éxito porque los disparos le habían revelado las posiciones del Vietcong, que pudo bombardear con proyectiles de 105 milímetros».

Los periodistas no se explican un cierto número de contradicciones: el carácter bondadoso del general no parece responder a la crueldad para con el grupo de civiles vietna-

mitas; estos vietnamitas eran católicos, y Fernández es uno de los pocos católicos del Ejército camboyano; está casado con una vietnamita, y en su casa habla en idioma vietnamita con su familia. Cuando preguntan a Fernández por estas contradicciones, el general sonrío y dice que «los occidentales no son capaces de comprender». Fernández es hijo de un director de orquesta filipino que introdujo en Camboya la música occidental —que todavía se conoce en el país como «música de Manila»— y se ganó la amistad del Rey. Casado con una camboyana, su familia prosperó al amparo de palacio. El actual general Fernández fue protegido del príncipe Norodom Sihanuk, y fue uno de sus amigos íntimos. Esta es otra aparente contradicción: que muestre tal ardor en favor de quienes provocaron la caída de su amigo y protector. Muchos piensan que su actitud actual se debe precisamente a su deseo de hacer méritos para que se olvide su catolicismo, su amistad real y su matrimonio vietnamita. Para otros, el general Fernández es, desde hace tiempo, un peón importante en la jugada norteamericana, y si los americanos ocupan enteramente el país puede llegar a ser un jefe de Gobierno colaboracionista.

¿Un «reparto del mundo»? DEL EXTREMO AL MEDIO ORIENTE

La Unión Soviética ha considerado como «una estupidez» la acusación israelí de que había pilotos soviéticos tripulando los aviones de combate en Egipto: «No merece la pena un desmentido formal», dice el portavoz de Moscú. Las evidencias eran relativamente escasas: unos testimonios de pilotos israelíes que habían «visto» a los pilotos soviéticos en los aviones «Mig», y la escucha de conversaciones en ruso entre aviones y estaciones en tierra. Egipto, por su parte, se ha apresurado también a desmentir esas informaciones, y en el discurso pronunciado por Nasser el primero de mayo hizo, por el contrario, un último llamamiento a Estados Unidos, pidiendo que apoyaran soluciones de paz y soluciones justas. El temor egipcio consiste primordialmente en que, en el momento en que los Estados Unidos aumentan su intervención en la península indochina, se pueda crear un foco de violencia en Oriente Medio, que serviría por una parte para distraer la atención en Europa —mucho más preocupada por el Mediterráneo que por el Vietnam— y para acusar a la URSS de intervención, equiparando así el intervencionismo militar de las dos potencias.

Israel, por su parte, teme que realmente la Unión Soviética quiera aprovechar el momento en que toda la atención de los Estados Unidos se concentra en Asia para forzar un «golpe» en Oriente Medio, suponiendo que los Estados Unidos no tendrían capacidad de respuesta. Más aún, los «ultras» de Israel expanden la idea de que puede haber un acuerdo secreto de «manos libres»: la URSS permitiría la acción americana en Asia a cambio de que los Estados Unidos permitieran una acción soviética en Palestina. Esta posición pertenece a un viejo esquema de «reparto del mundo» entre las dos potencias hegemónicas en zonas de influencia: los Estados Unidos se «encargarían» de Asia y de Hispanoamérica, mientras la URSS podría dominar Europa, el Mediterráneo y el Norte de África. La acción norteamericana en Asia sería especialmente tolerada por la URSS como parte de un cerco a China. El desarrollo actual de los acontecimientos no permite confirmar estas teorías extremistas, que aparecen simultáneamente en China, en Israel y en los círculos más conservadores de Alemania del Oeste.